



El consuelo del ojalá

Por Mario Parajón

Varios amigos se me acercan para pedirme que escriba sobre tal o tal otro personaje que intervino en la vida de la farándula cuando yo dirigí mis obras. Uno de ellos, Octavio Casanova, se acuerda muy bien del estreno de *Monsieur Lambertier* debido a que le tocó nada menos que en la víspera de su boda, trasladar de casa de Manolo Mimó el cuadro de Wilfredo Lamb que salió a escena y que cuidamos como oro en paño. Manolo Mimó vivía en una casa muy espaciosa al final del Vedado, casi dando al Malecón. La madre y una tía cuidaban de él y él ejercía tranquilamente su profesión de abogado. No he vuelto a saber nada de su vida a partir de 1959. Evoco a un hombre de poca estatura, sonrisa cancherosa, calvicie prematura, refinamiento en los modales y un cierto malestar en la expresión y los movimientos provocado por una timidez difícilmente vencida. Era muy aficionado a la pintura, tenía buenos amigos y la vida de familia le llevaba mucho tiempo. Cuando terminó el bachillerato en el Colegio de Belén se le concedió la dignidad más alta que el plantel otorgaba por entonces: la de Brigadier.

El brigadier Mimó tuvo la gentileza de prestarme un magnífico cuadro de Lamb para decorar el atelier de un pintor que se casa con su amante y vive una extraña aventura que concluye trágicamente. El pintor era Gaspar de Santelices, su mujer era Marisabel; y el tercer personaje, *Monsieur Lambertier*, era el padrino de Marisabel: la llamaba por teléfono varias veces al día; y lo del padrinzago era pura farsa. Se trataba de un señor entrado en años, uno de esos señores sensuales que presumen de gozar como nadie los placeres de la vida. Este *Lambertier* paga caro su deleite. Se le ocurre una estratagema muy de la época: le parece muy bien que su joven amante le acepte el galanteo al pintor. Tampoco se disgusta cuando sabe que tanto ella como el pintor se enamoran. En su papel de padrino favorece mucho al artista para que monte su estudio, consiga clientela y gane dinero, parte del cual entra en la casa gracias a su generosidad de padrino con la ahijada. A cambio de una conducta así de magnánima, *Lambertier* sólo reclama dos cosas: que su amante y él sigan compartiendo en secreto la misma intimidad de antes y que él pueda asistir a la ida de la pareja como el más enterado de los espectadores.

Yo quise montar esta obra por una razón sencilla y tentadora. Son tres actos, dura-

ción normal de cualquier espectáculo de teatro. En el curso de esas tres jornadas los únicos personajes que aparecen son el pintor y la muchacha. ¿Cómo pudo arreglárselas el autor para sostener el interés del público? ¿Qué trucos emplea para que *Lambertier* esté tan presente, casi físicamente, y sin embargo nunca se le vea? Hasta el mismo día del estreno estuve aprendiendo oficio teatral en estado puro. Fue algo maravilloso que ocurrió ensayo tras ensayo: yo llegaba preparado con los repasos al texto que había hecho en mi casa. No bien empezaban a hablar Marisabel y Santelices, me daba cuenta de que tal cosa había sido dicha para preparar tal sorpresa y que por lo tanto tal palabra era necesario pronunciarla con esta otra intención. Lo que aprendí en plena representación el día del estreno fue el sentido de una llamada telefónica que tiene lugar en el último acto. En el manuscrito no se hace ninguna observación a propósito de la misma. El timbre del teléfono se limita a sonar a la misma hora en que llama a diario el señor *Lambertier*; sólo que ahora no puede ser él, porque el pintor lo ha matado. El timbre se deja oír como cada día en el mismo instante y se supone que Marisabel lo conteste. Pero es evidente que si se hace una pausa larga, se deja que suene varias veces, el pintor y ella se miran ansiosamente, aumentará en el público la emoción de la expectativa. Y se hizo así, pero improvisado: fui diciéndole a Marisabel y a Santelices que no contestaran todavía, que se movieran en dirección al teléfono y se detuvieran, que se miraran, etc., yo detrás del escenario y ellos actuando con toda naturalidad ante el público.

Por cierto: Santelices nos tuvo en vilo toda la noche y los días anteriores. Marisabel se aprendió su papel en poquísimo tiempo, según era su costumbre de actriz disciplinada. Gaspar, según la suya de tremendo indisciplinado, no se concentraba. Marisabel empezó por los ruegos y terminó por las recriminaciones. Yo intenté hacer de maestro de primaria, fui a su casa con Aralia, la ayudante de dirección; le tomábamos las lecciones, se las hacíamos repetir, pero todo era en vano. Padecía una especie de distracción esencial, como si tuviese invadidos los lóbulos cerebrales por sus pasiones, que eran intensas y de ejercicio cotidiano. No bien se soltaba en la conversación y delante de quien fuera, decía las cosas más insólitas y narraba las anécdotas más absurdas a propósito de su vida íntima, que de íntima no

tenía absolutamente nada. Yo lo miraba como a la víctima de una enajenación que si se llega a tratar a tiempo por algún psiquiatra serio, no habría sido el obstáculo que fue para una carrera brillante donde, me atrevo a decirlo, había un talento que no tenía nada de frecuente. Le sobraban todas las condiciones: voz magnífica, figura de primer actor, aplomo en escena, elegancia en los ademanes y sensibilidad exquisita. Murió en el asilo Santovenia a mediados de los años setenta, según me han contado luego de una larga temporada en el sillón de ruedas.

Al terminar la representación de *Monsieur Lambertier*, subió al escenario Ramón Antonio Crusellas para pedirme un libro que le interesaba leer y que él sabía en mi biblioteca. Con motivo de esta fiebre libresca mía, entonces en su apogeo, no eran pocos los que me daban bromas. Ramón Antonio no perdía ocasión. Me trataba de polilla, ratón de biblioteca, desinfectante de pergamino, fanático de manuscritos y otros títulos por el estilo. Yo le correspondía inventándole los que le venían bien, y la conversación terminaba a carcajadas. Una tarde al poco tiempo de estrenarse *Lambertier*, lo encontré a la salida del *Miami* en Prado y Neptuno. Hablamos un rato en la acera de Prado y me contó muy disgustado que por una tontería sin importancia dos actores, grandes amigos hasta entonces, habían discutido violentamente y ahora se negaban el saludo. Añadió que estaba observando a menudo ese fenómeno: mientras que los de la vieja guardia nos reíamos tiernamente los unos de los otros, nos tratábamos con benevolencia, ni remotamente nos ofendíamos por una broma, había en los grupos que surgían una tendencia a la agresividad, al mal humor y a la falta de alvéolo feliz en el último resquicio de la vida. Con el transcurso de los años le he dado toda la razón. A partir de cierto momento en el universo y por extraña paradoja coincidiendo con un grado cada vez mayor de permisividad moral, se ha establecido la costumbre de ser intolerante con las pequeñas cosas intrascendentes.

Ojalá se esfume esa vigencia, ojalá vuelva la democracia a Cuba, ojalá se estrenen obras tan divertidas como *Monsieur Lambertier* y ojalá contemos con actrices tan apasionadas por su vocación como Marisabel y con geniales desmemoriados como Gaspar.

Apartado 17
28370 Chinchón, Madrid